

época mucho más vecina de la nuestra. El Sr. Cartailhac, aunque más razonable y medurado que sus correligionarios, gusta con todo bastante de ponderar, sin ningún fundamento sólido ni casi aparente, la duración de las primitivas edades. (1)

Si la Prehistoria, como sus mismos partidarios se ven precisados á reconocer, nada nos puede decir en la materia, no tiene ningún derecho á contradecir los datos que nos ofrezcan la tradición y la Historia. Pues bien éstas nos hacen creer que, al ménos en muchas comarcas del centro de nuestro continente, y en la misma Francia, á la cual se refiere el Sr. Cartailhac, se conservaron, hasta épocas bastante posteriores al siglo XII, no pocas estaciones propiamente neolíticas. (2) Pero demos que las últimas pertenezcan

(1) El Sr. Reinach, en su interesante obra, *Descript. du musée de St. Germain*, hace ver muy bien lo exageradas que suelen ser las hipótesis de nuestros arqueólogos, y dice expresamente: "Todas las apreciaciones cronológicas relativas á la aparición del hombre, pecan por la fragilidad y la incertidumbre de los datos en que se fundan." Además sostiene que muchos de los animales reputados por antediluvianos, se acabaron de extinguir en una época nada remota: por lo que mira al mammut y al rinoceronte, cree que vivían aún en nuestros países 2000 ó 3000 años antes de J. C. Pues bien, según hemos probado en otro lugar, estos animales, ó se extinguieron completamente con el diluvio, ó los pocos individuos que se salvaron entonces, acabaron de desaparecer á principios de la edad del remo.

(2) Con respecto á otras localidades fuera de la Galia, lo reconoce también el mencionado arqueólogo; pues afirma ex-

al siglo XII; si las primeras, como diremos luego, se establecieron hácia la época de Abraham ó ántes, tendremos 6 siglos ó más de duración para la edad de la piedra pulimentada, ¡Seis siglos!.. es ya un período inmenso en la historia de la humanidad. En seis siglos Roma nació y se hizo señora del mundo. Seis siglos ó quizá ménos, es todo lo que media entre Israel y Salomón.

La edad neolítica apenas debió alcanzar los seis siglos; esa edad es por todos reconocida como muy corta. (1) A la introducción de la piedra pulimentada sucedieron muy en breve las primeras armas de metal.

Una autoridad bien competente en la materia, el Sr. Bertrand, nos hace ver claramente, que no sólo la edad neolítica, sino también la de los mismos trogloditas, está íntimamente relacionada con la historia. Nosotros lo hemos probado ya. Hubo trogloditas en medio de los florecientes imperios de Oriente; las ha habido en Europa hasta nuestros mismos días. Pero dejemos hablar al mencionado arqueólogo: «Si hubiéramos de creer á ciertos sábios, escribe (2), la *edad de las cavernas* debió durar, no ya centenas, sino millares de años, y representaría, de una

presamente (*obra cit.* p. 124) que: "En muchos puntos de Europa la edad neolítica duró hasta los Romanos."

(1) V. Lapparent, *Géologie*, p. 1236; Quatrefages, *Races humaines*, p. 120.

(2) *Archéologie celtique et gauloise.*

manera general, la primera fase del desarrollo de la humanidad. Estas son *puras hipótesis*. Nada hay que pruebe que el trogloditismo... fuera, aún en las sociedades primitivas, otra cosa más que una excepción... Que en los siglos XII ó XIV antes de nuestra era haya podido haber salvajes del orden de los moradores de nuestras grutas, no causará maravilla en ninguno de los eruditos que hacen de la historia su ocupación ordinaria.» Y después de recordar que á fines del siglo pasado había aún trogloditas en Rusia, hace la pregunta siguiente: ¿Hacia qué siglo próximamente terminaron las habiudes de los trogloditas?—Continuando luego su discurso, añade: «La época de las cavernas y la época de la piedra pulida se tocan indudablemente.... *Estas dos épocas se tocan y se penetran*, sin que sea posible señalar entre ellas un período intermedio. Pero la edad de la piedra pulimentada, *toda tiende á demostrarlo, fué muy luego penetrada por la invasión*, restringida en un principio, y bien pronto muy sensible, *del bronce oriental*.... La data inicial de esta importación de los metales en Europa no puede pasar de unos 1900 años antes de J.-C. Debe descender al siglo XII sino al X por lo que mira á la Galia.... *La misma época de las cavernas se relaciona directamente con la histórica*... La nueva rama de la ciencia que se desarrolla hoy, es sin duda *extra literaria*, pero no hay razón para cali-

ficarla de prehistórica.... Por muy remoto que pueda ser el momento en que las poblaciones troglodíticas aparecieron en la Galia, vivieron en ella progresando siempre, en un círculo reducido, hasta que fueron, podemos decirlo, civilizadas por los pueblos de la piedra pulida, época que está lejos de perderse en la noche de los tiempos, y que, por el contrario, toca incontestablemente en los tiempos absolutamente históricos.»

Por aquí se podrá ver claramente cuán poca razón tenía el Sr. Cartailhac para decir que las últimas estaciones neolíticas de la Galia pertenecen al siglo XII. ¡Gracias que entonces empezara á introducirse en ella el metal! Y éste se fué introduciendo paulatinamente; la edad neolítica no pudo, pues, acabar hasta muchos siglos después. Así nos lo hacen creer además la tradición y la historia y la misma arqueología. «Los resultados conseguidos con ésta, pregunta el mismo señor Bertrand (1), están en desacuerdo con los datos generales de la historia? No lo creemos así.... Nada nos enseñan que pudiera causar alguna sorpresa á un Horodoto, á un Tucídides, á un Polibio, á un Strabón.... El oficio del arqueólogo es ofrecer á la historia escrita, un suplemento y una contrapueba: el arqueólogo es un auxiliar del historiador... Los arqueólogos del Norte colocan hácia el

(1) *Obra citada.*

año 1000 antes de nuestra era la data de la introducción del bronce en Escandinavia.... La Galia estaba poco avanzada también. En ella fué muy larga la edad de piedra. Nada hay que pueda probar, que 500 ó 600 años antes de nuestra era, habían salido completamente de dicha edad, no ya el Lozere, la Auvernia, el Lot, sino tampoco nuestras principales provincias del Noroeste. Es preciso aguardar hasta el año 200 ó 250 antes de J.-C. para hallar en los *oppida* ó en las tumbas de nuestros departamentos no meridionales, trazas sensibles del comercio mediterráneo. Antes de conocer el bronce, estas poblaciones hiperbóreas gozaban ya de una situación general, á lo que no debe extrañarnos que estuvieran bastante apegadas.... 800 ó 900 años antes de nuestra era llevaban aún una vida tradicional é ignorada... La civilización del bronce puro, penetró muy poco en Italia y en la Galia. La Francia no atravesó, en la época de la primera introducción de los metales, la revolución de que las regiones más septentrionales nos dieron ejemplo. En la época en que los Focenses vinieron á fundar en nuestras costas, establecimientos duraderos, el centro, el norte y el oeste de la Francia estaban aún en plena edad de la piedra pulida... Ya el hierro se mostraba en todas partes é iba á invadirnos.... El período del bronce, si es que lo hubo, no fué ni largo ni general en las Galias.»

La edad neolítica duró, pues, evidentemente hasta una época bien vecina de nuestra era, la misma edad de los trogloditas está tocando con la historia. Los monumentos que de esas edades nos restan no son tales ni tantos que nos fuercen á reconocer en ellos una duración excesiva; antes, teniendo en cuenta lo rápido que suele ser el desarrollo del organismo de una sociedad, nos vemos casi forzados á reconocer en aquellas edades una vida muy limitada. La Prehistoria, por otra parte, como sus más fervientes cultivadores lo confiesan, no puede decir ni una sola palabra en apoyo de esas tan infundadas cuanto fabulosas duraciones que algunos se esfuerzan en atribuir á las primeras fases de la industria humana. ¿Qué apoyo tienen pues esas teorías tan absurdas y gratuitas? Sólo una ciencia superficial y de puro nombre, acompañada de una osadía sin límites, puede defender en serio lo que toda razón y buen sentido contradicen á una voz.

Si el uso de los instrumentos de piedra continuó en muchas regiones del globo hasta nuestros mismos días, y si en las mismas naciones más civilizadas del Asia y de Europa no acabó de desaparecer por completo antes de la era cristiana; otro tanto podemos decir de los grandes monumentos propios de la época neolítica. Los dólmenes y demás construcciones megalíticas siguen apareciendo en plena edad histórica, no sólo en los pai-

ses incultos, sino también entre las gentes más civilizadas. Y aún en nuestra misma edad son elevados en la India, en Madagascar, etc. (1)

El Sr. Moigno había hecho ver que apenas habrá ninguna suerte de megalitos de que no se haga mención en la Biblia; (2) y el mismo Cartailhac, lo reconoce expresamente, por lo menos con respecto á los *menhirs*, y no se desdén de describir algunos de ellos. (3)

Elevados por Jacob, elevados más tarde y en abundancia por Moisés y por Josué hácia el siglo XIV antes de nuestra era, y elevados

(1) V. Cartailhac, *La France préhistorique*, Chap. XI; Cotteau, *Le Préhistorique*, p. 117; Moigno, *Les Splendeurs de la foi*, t. II, p. 726.

(2) *Lug. cit.* p. 724 y sig.

(3) *La France préhistorique*, p. 314. Sus palabras merecen consignarse: «Se conocen, escribe, los textos del Génesis... Jacob, levantándose muy de mañana, tomó la piedra que le había servido de cabecera, la puso en pie, como un pilar, y derramó aceite encima de ella. Después del paso del Jordán, Josué designó doce hombres, uno de cada tribu, para que tomara cada cual una piedra de en medio del río, del sitio en que se habían detenido los sacerdotes, y la llevaran al lugar donde los Hebreos habían acampado, á fin de que quedaran en memorial eterno para los hijos de Israel. Por otra parte, el mismo personaje tomó una gran piedra y la puso debajo de una encina, cerca del santuario, diciendo que sería para los Judíos un testimonio de la alianza establecida entre Jacob y su suegro Labán. Se sabe también que después de la victoria alcanzada por los Israelitas de los Filisteos en Mitspa, Samuel levantó una piedra, que llamó *la piedra del Socorro*, porque allí le había socorrido el Eterno... Y después añade que la costumbre de levantar piedras en memoria de algún acontecimiento ha durado hasta nuestra edad.

también en adelante en el mismo pueblo de Israel y entre otras gentes muy cultas, nos vemos forzados á reconocer cuán vecina á nosotros debió ser la época en que nuestras atrasadas comarcas dichos monumentos se elevaban todavía. (1) Por de pronto sabemos positivamente que en los primeros siglos de la era cristiana, aún se tributaba en varios países de Europa, un supersticioso culto á muchas de esas grandes piedras. (2) Y si al lado de ellas encontramos numerosos sílix, nada prueban en favor de la antigüedad. En el túmulo del mismo Josué se han hallado muchísimos cuchillos de pedernal, que ofrecen un carácter antiguo; sin embargo, á pesar de estar simplemente tallados en astillas, sabemos por la historia sagrada que fueron fabricadas en una época muy reciente, y sirvieron para circuncidar á los Israelitas.

Esa misma admirable historia nos hace co-

(1) En muchos dólmenes del Aveyrón se han hallado no sólo fragmentos de hierro, sino también varias monedas. Esto atestigua una época muy vecina. El autor de las escavaciones, *por consejo de Mortillet*, guardó por largo tiempo silencio, acerca de ese particular, y eso que describía muy detalladamente el resultado de sus trabajos. «Confesar que un solo dólmen puede ser posterior á la introducción de la moneda en nuestras regiones occidentales, escribe el Sr. Hamard (*La Science Catholique*, Marzo de 1889, p. 247), sería arruinar por su base el edificio tan laboriosamente elevado por nuestros prehistoriadores... Y quién era ese arqueólogo tan hábil en dejar pasar en silencio los datos perjudiciales á su teoría? Era... el Sr. Cartailhac!...»

(2) V. *La France Préhis.* p. 315.

nocer la época de las sepulturas en las cavernas. Abraham compra una para que sirva de sepulcro á él y á toda su familia; en ella fué enterrado junto con su esposa Sara, en ella fué enterrado Isaac, á ella fueron trasladados desde Egipto el cadáver de Jacob y más tarde los huesos del mismo José.

Por lo que hace á los palafitos ó pueblos lacustres, ni son tan antiguos como afirman muchos arqueólogos, ni han acabado de desaparecer todavía, aunque estén bien modificados; díganlo sino Méjico ó Venecia.

«Las ciudades lacustres, escribe el abate Moigno, (1) son también históricas y casi contemporáneas. Herodoto traza la historia de una tribu de la Tracia, los Peonios, que en el año 250 antes de J.-C., habitaban el lago Prasias y que desafiaron los ataques de Dario, gracias á la posición particular de sus moradas.... Dumont-Durville encontró poblaciones lacustres en Nueva-Guinea... El señor Keller afirma, por otra parte, que en la ribera Limar, cerca de Zurich, había aún en el siglo pasado varias chozas de pescadores, edificadas bajo el mismo plano... Hochstetter tiene por muy verosímil (2) que las ciudades lacustres no remontan á más de diez siglos antes de la era cristiana. Franz Maurer (3)

(1) *Les Splendeurs de la foi*, t. II, p. 862, 863, 865.

(2) *Archiv. für Anthropology*, t. I.

(3) *Ausland*, 1864, p. 912.

las hace remontar á los tiempos que mediaron entre los siglos V y VIII antes de nuestra era. Hastler (1) coloca los más recientes en el siglo III antes de J.-C. (2) Añade aún que el exámen de las turberas no nos fuerza á hacer remontar las más antiguas á más de 1000 años antes de J.-C. (3) y que hay grandes motivos que militan en favor de un origen mucho más reciente. Keller, Desor, Von Bauer, los grandes maestros de la arqueología, no han aventurado jamás una cifra. Pero todos los hombres sensatos convienen en reconocer que el hombre de las ciudades lacustres es bien posterior al de las cavernas.» (4)

(1) *Viertel-jahre Schrift*, 1865, p. 80.

(2) El mismo Cartailhac, en *La France préhistorique*, página 133, reconoce la persistencia de muchos palafitos durante la edad histórica.

(3) El mismo Lyell, á pesar de ser tan ardiente partidario de la excesiva antigüedad del hombre, reconoce en sus *Principios de Geología*, que: «Todas las armas y todos los utensilios hallados en las turberas de Francia y de la Gran Bretaña, son romanos. Y gran parte de las formaciones turbosas de Europa no datan de más allá de los tiempos de Julio Cesar.»

Debemos añadir que un bosque destruido por una tempestad hacia mediados del siglo XVII, dió origen á una turbera en Lochbroom, en el Rosshire, y antes de pasar medio siglo, ya se empezó á explotar la turba.

(4) Hé aquí lo que dice el abate Hamard con respecto á la antigüedad de los palafitos: «Lo que comprobamos en realidad es que no sólo deben atribuirse los palafitos unos á la edad neolítica y otros á la del bronce, sino que también, en la cronología de los tiempos prehistóricos, hay lugar para esas dos edades. Nos parece que estas se confunden en nuestros pai-

Por lo que hace á este, he aquí lo que escribe en otro lugar (1) el Sr. Moigno: «Yendo más lejos aún, el Sr. Francks no temió afirmar, en pleno Congreso de Bruselas, que las cavernas de Inglaterra nunca habían sido más habitadas que hacia el fin de la ocupación romana, y que quizá los Bretones romanizados se refugiaron en ellas en el momento de la invasión sajona (2).—El troglodita ó el hombre morador de las cavernas en los primitivos tiempos está por otra parte consignado en la historia. «No pasó inadvertido á

---

ses. Las dos civilizaciones que las caracterizan, no difieren sensiblemente, en su conjunto. A nuestro parecer, debemos referirnos siempre á la misma raza, á los Celtas propiamente dichos, primera rama de la gran familia aria que ocupó nuestras regiones. Desde su venida, *doce ó quince siglos* quizá antes de nuestra era, hasta la inmigración de los Galos, que tuvo lugar unos mil años más tarde, esta raza no parece haber modificado considerablemente sus costumbres ni su industria. Siempre la vemos cultivar los cereales, criar animales domésticos, pulir una parte de los útiles de piedra de que hacía uso. Poco á poco, es verdad, el bronce se fué asociando á la piedra en sus utensilios. Este es el único progreso serio que realizó. A nuestro modo de ver, no hay en esta introducción lenta un motivo suficiente para la creación de una nueva edad.» V. *Revue des questions scientifiques*, Abril 1888, p. 478.

Según esto, los Celtas, á quienes debemos atribuir la industria neolítica, apenas remontan á 1500 años antes de Jesucristo. No hay pues ningún fundamento para hacer remontar esta industria á más de 1800 años, que es el máximo que hemos asignado nosotros, con respecto á la mayor parte de la Europa central y occidental.

(1) *Obra cit.* p. 487.

(2) *Congrés de Bruxelles*, p. 199.

los primeros historiadores, dice el Dr. Evans (1), que en los tiempos remotos las cavernas servían de moradas, *specus essent pro domibus* (2).»

En vista de todo lo que precede, y aunque las cifras que hemos transcrito, referentes á la época en que empezaron las ciudades lacustres, sean demasiado cortas, cualquiera que se deje guiar de la sana razón y del sentido común, no podrá menos de reconocer lo muy descaminados que andan cuantos se empeñan en esconder nuestro origen en la noche de los tiempos. Ni la historia ni la tradición ni la arqueología ofrecen el menor dato seguro que nos autorice á suponer que la edad de las cavernas haya empezado, al menos en el centro de Europa, antes de la fecha de unos 2600 años; ni la neolítica, antes de la de unos 1800 con respecto á la era cristiana.

Si ahora tenemos en cuenta que la edad del hierro y aun la del bronce son completamente históricas, que la de la piedra pulimentada, es por lo menos *casi histórica*, puesto que las historias antiguas nos dan clara noticia de las armas de piedra, únicas que usaban los primitivos moradores de nuestros países; nos veremos precisados á reconocer que la edad neolítica es entre nosotros posterior á la vo-

---

(1) *Ancien stone implements of Great Britain*, p. 412.

(2) Plinio, *Hist. nat.* l. VII, c. LVI.

cación de Abraham, acaecida unos 1000 años después del diluvio.

Y en efecto, no tenemos ninguna razón para exigir más de diez siglos á la edad del reno (1). Durante ella se sucedieron diferentes razas de Trogloditas, que fueron viniendo del Oriente é introdujeron la industria Magdaleniana. Las razas posteriores venían mucho más adelantadas que las primeras, y llegaron á conocer la cerámica y aun supieron domesticar ciertos animales, por ejemplo, el perro, como las de Furfooz. Cuando cesó el frío, empezaron los hombres á abandonar las cavernas y á establecerse en los kiokenmodingos. Estos son próximamente de la época de Abraham (2).

Luego aparecen las tribus de los dólmenes, que usan ya de la piedra pulimentada, y que

---

(1) En realidad todos los restos de ella apenas nos permiten creer en una duración tan grande como la arriba señalada; el mismo Cartailhac lo viene á reconocer: "La edad del reno, escribe (*La France préhist.*, p. 63), es pues positivamente una fase geológica, un momento corto, pero determinado en la historia de la tierra."

(2) En efecto, en tiempos de este patriarca, vivían, y no muy lejos de él, muchas tribus con una civilización intermedia entre la de los kiokenmodingos y la de nuestras cavernas, según hemos hecho constar. De hacia entonces parece que datan los primeros monumentos megalíticos del Asia. Estos debieron ser, en nuestros países, algún tanto posteriores; por consiguiente, la industria de los kiokenmodingos, que en algunas regiones de Europa se ha prolongado en cierta manera hasta nuestros días, apenas podrá remontarse en ella á la época de Abraham.

muy pronto mezclan con ella diferentes instrumentos de bronce y algo más tarde los de hierro.

La industria de los dólmenes es casi idéntica, pero las razas humanas que los poblaban eran muy distintas. Algunas debían ser Turanias, otras eran ya Arias.

Los Arias se fueron extendiendo por el Asia y lograron dominar gran parte de ella, subyugando á las tribus *turanias*. Pero tardaron mucho en penetrar en Europa, antes de hacerlo, se establecieron en la antigua Iberia y desde el Ararat al mar Caspio, y allí permanecieron muchísimo tiempo, hasta que, viendo ya mitigados los rigores del clima de nuestro Continente, se lanzaron sobre él hasta llegar á los remotos confines, donde el sol deja ver sus últimos rayos.

Pero no encontraron aquellas tierras despobladas; otras razas más atrevidas habían penetrado allí durante el largo período de frío que sucedió inmediatamente al diluvio; las primeras eran las de los Trogloditas de la edad del *Reno*, á los cuales pertenece la avanzada industria paleolítica, llamada Magdaleniana. Estos fueron en parte sustituidos ó mejor dicho absorbidos más tarde por otra raza superior, que introdujo el uso de la piedra pulimentada é inauguró por lo tanto entre nosotros la edad neolítica.

Con las grandes invasiones de los Arias se introducen entre nosotros el uso del bronce y

la fabricación de diferentes instrumentos de metal.

En este punto estamos bastante conformes con las apreciaciones del *abate Thomas*, quien escribe (1): «La gran meseta de Pamir y las steppas del Asia central separaban el Turán (Turkeistán) patria de los Turanios del Iran, cuna de los Arias. De allí se dispersaron en dos direcciones, los unos al Este, por la Mogolia y la Mandchuria, y los otros al Oeste, por la Europa. Pueden seguirse las huellas de sus emigraciones, mediante el hilo conductor de la lingüística. El continente Europeo encierra aun hoy poblaciones de origen turaniano; al S. O. los Bascos, al centro los Húngaros, al N. E. los Laponos, los Fineses, los Esthonianos, etc. Todo parece indicar que en una época muy antigua, probablemente, prehistórica, los Turanios estaban esparcidos por toda la superficie de Europa, especialmente por el centro, de donde fueron lanzados después, por las migraciones sucesivas de los Arias, los unos hacia los desfiladeros de los Pirineos por los Ario-Celtas y los Ario-Latinos, los otros á la extremidad N. O. por los Ario-Slavos y los Ario-Germanos. (2)—Las inducciones del sabio escritor (Dr. Cruel) basadas sobre la Filología comparada, están

(1) *Les Temps primitifs*, t. II, p. 251.

(2) *Die Sprachen von Europas vor der Auschen Einwanderung*, por el Dr. Cruel.

de acuerdo con los resultados de los estudios arqueológicos y de la Paleontología prehistórica. Los Arias fueron los que importaron á nuestras tierras el uso del bronce y la fabricación de los metales. Hallaron la Europa ocupada por una población braquicéfala, cuyas armas y utensilios pertenecían á la edad de la piedra pulimentada. Estos pueblos eran Turanios venidos del Asia, precursores de los Arias. La llegada de los Húngaros, posterior á la invasión ariana, data de los tiempos históricos. Los mismos Turanios primitivos parecen haber sucedido, en nuestros países, á una población anterior, la de los Trogloditas, moradores de las cavernas, contemporáneos del reno y del mammut. Estos primeros habitantes de Europa, originarios del Asia, pertenecen al período paleolítico, ó de la piedra tallada. ¿A qué familia étnica los debemos incorporar? El Dr. Cruel los considera como formando parte de la misma rama que los Indios y los Esquimales del Nuevo-Mundo, y funda esta opinión en las afinidades de las lenguas americanas con los idiomas turanianos.»

«Cuando se trata de hombres verdaderamente neolíticos, escribe Quatrefages, (1) dos hechos merecen sobre todo fijar nuestra atención, conviene á saber: la *diversidad de las razas*, que nosotros hemos comprobado, y la

(1) *Races humaines*, p. 141 y sig.



*uniformidad fundamental de su estado social.* De una á otra extremidad de la Europa, ya sean braquicéfalos ya doliocéfalos, elevan igualmente dólmenes, saben pulir sus hachas y ciertos utensilios. Cuando tallan la piedra, lo hacen con la misma maravillosa habilidad... Por otra parte, estos nuevos invasores tienen todos animales domésticos... Los dos hechos esenciales que acabo de recordar, se explican fácilmente admitiendo que durante nuestros tiempos cuaternarios, se había formado en el Asia un centro de civilización relativa, bastante extenso para comprender poblaciones de razas diferentes, que permanecían más ó menos aisladas las unas de las otras, pero ligadas por un mismo grado de cultura... Cuando estas razas, estas poblaciones de la vieja Asia penetraron en nuestras regiones occidentales, las cosas pasaron, según lo ha dicho justamente el Sr. de Mortillet, del mismo modo que en la época en que los Europeos invadieron la América. Que fueran Españoles ó Franceses, Portugueses ó Ingleses, todos llegaron con el hierro, la pólvora y el caballo, se hacían lugar en el Nuevo-Mundo y se repartían el suelo. Así hicieron las inmigraciones neolíticas, partiendo de un centro, único bajo el punto de vista social, pero múltiple bajo el punto de vista étnico. Ahora bien, cuando un centro de esta naturaleza se constituye en medio de pueblos salvajes, quedan siempre en sus fron-

teras, y con mayoría de razón, más allá, numerosas tribus rebeldes al progreso y que conservan su barbarie primitiva... Alrededor de los pueblos que pulían sus hachas y criaban rebaños, había otros, por lo menos hacia el poniente, que conservaban las costumbres rudimentarias de los tiempos pasados, y algunos de los cuales no tenían siquiera el perro. Mientras los primeros se pusieron en marcha para ganar la Europa, no pudieron menos de ir rechazando y cazando delante de ellos á los segundos. Y de rechazo en rechazo fué como las tribus que no conocían aún más que la piedra tallada, llegaron antes que los hombres neolíticos á nuestras costas occidentales, donde acumularon los kienmodingos.»

No siendo, como no eran en realidad, de una misma raza todos los hombres neolíticos, sino de muchas y muy diferentes, que fueron invadiendo la Europa de una manera sucesiva, no podemos decir con el abate Thomás, que todos ellos fueran turanios; había algunos, es cierto, cuyos descendientes perseveran aun más ó menos mezclados, pero la mayoría creemos que eran ya Arias ó Celtas, que fueron penetrando repetidas veces por pequeñas familias, antes de que llegaran las grandes colonias que introdujeron el uso de los instrumentos de metal.

Los hombres de Cro-Magnón y la mayoría de los que fueron penetrando en Europa du-

rante la edad del reno, debieron ser, según dejamos dicho en otros lugares, diferentes ramas de Camitas, (1) que eran los más amigos de buscar tierras nuevas, y comenzaron á emigrar, por muy pequeñas familias, muy poco después del diluvio. Luego empezaron á llegar algunas raras tribus turanias, que por haber abandonado el Asia antes de que se acabara de establecer allí un espacioso centro de civilización, llegaron no muy adelantadas, olvidando además en tan largos viajes lo poco que sabían. A estas puede reconocérselas ya por lo menos, en ciertas cavernas y diferentes Kiokenmodingos, pues hasta las costumbres, que en semejantes viviendas tenían, son muy análogas á las de varios pueblos turanios, que permanecen puros hasta la fecha. Al lado de los hombres de los Kiokenmodingos empiezan en seguida á establecerse en nuestras regiones numerosas y variadas razas, que partieron del Asia mucho después, conociendo todas ellas una civilización muy superior, y trayendo los mismos elementos de la vida social; las industrias pastoriles y agrícolas, y la fabricación de las armas pulimentadas. El uso de los metales parecen haberlo introducido nuevas colonias de las mismas razas anteriores, pues

(1) Los trogloditas del Asia han sido considerados siempre como Camitas; por tales pasan también los de las regiones septentrionales de Europa, con los cuales los de nuestra edad del reno guardan no pequeñas analogías.

no se ve que entonces se produjera ninguna modificación considerable en el elemento étnico.

Pero es un absurdo admitir, como hacen muchos arqueólogos, que las diferentes industrias se sustituyeran repentinamente en toda Eurupa. Las nuevas y más perfectas fueron poco á poco dominando y generalizándose; pero tardaron mucho tiempo en hacer olvidar el uso de las antiguas. Numerosas tribus, pegadas á sus costumbres y tradiciones, prefirieron esconderse en lugares inaccesibles, antes que abandonar su propio género de vida. En plena edad neolítica, había estaciones en que la raza de Cro-Magnón se conservaba en toda su pureza, sin conocer otra industria que la Magdaleniana. Cuando más adelante en algunos lugares se introducía el uso del cobre, en otros muchos se usaba sólo de la piedra, hasta que vino el bronce á sustituirla en parte, sin que el cobre puro se llegara siquiera á conocer. (1) Al introducirse el hierro, no por eso quedaron destruidos ni el bronce ni aún la piedra. Como las armas é instrumentos de estas dos últimas materias eran más fáciles de proporcionar, se conservaron por larguísimo tiempo, y en algunas localidades hasta muy cerca de la era cristiana.

Ahora bién, la misma historia nos lleva á

(1) V. Quatrefages. *Races humaines*, p. 244.

las épocas del hierro, del bronce y aún de la piedra: éstas no son, pues, tan antiguas como muchos se imaginan.

El principio de la edad neolítica es imposible hacerlo remontar, con ningún dato sólido, al menos, con respecto á la mayor parte de Europa, á más de 1800 años antes de nuestra era; pues dicha edad no fué tan larga como se supone, ni llegó á terminar por completo, hasta unos 600 ó 400 años antes de J.-C. Por consiguiente, si á esos 1800 años, añadimos otros 1000, que á lo sumo pudo durar la edad del Reno, tendremos que el diluvio sólo remonta al año 2800.

Y en efecto, si examinamos á la luz de la historia los primeros moradores de nuestro continente, á los cuales no podemos asignar una antigüedad muy considerable, veremos que estaban en plena edad paleolítica ó neolítica.

«Los *Cimbrios* primitivos, escribe el abate Moigno, (1) fueron un pueblo ciertamente contemporáneo del último período cuaternario neolítico é histórico al mismo tiempo. Tenían las formas y los sistemas de tallar el sílex de los *Celtas*.... Los *Pelasgos* son el pueblo industrial de la época neolítica, venido de la mar. Los *Umbros* son el pueblo cuaternario, morador de la ribera del Tiber, lanzado por los *Pelasgos*.»

(1) *Splendeurs de la foi*, t. II, p. 692.

Los *Celtas* pertenecen también de lleno á la edad neolítica. «Se hallan en Normandía, en el Sena-Inferior, hachas, cuchillos de piedra, puntas de flechas ciertamente talladas por los *Celtas* y los *Galos*, en un período ya histórico para otros pueblos y quizá prehistórico para Normandía... El marqués de Vibraye no tome afirmar que los talleres de Pressinyle-Grand pertenecen á la época de los *Celtas*. El abate Cochet atribuye también á los *Celtas* y á los *Galos* la estación de Marettes, cerca de Friouville, donde se encuentra un arsenal completo de flechas, cuchillos y diversos instrumentos de piedra. En la antigua explotación de minas de estaño, de Ville-du-Pin, cerca de Ploërmel, se encuentran hachas de piedra con otras de bronce, fragmentos de teja, etc. Lo mismo sucede en Pennesten.» (1)

Téngase ahora en cuenta lo que pasaba entre los *Egipcios*; cuando ya estaban cansados de conocer casi todos los metales, y vivían en medio del lujo y de la opulencia, todavía usaban de instrumentos de sílex para explotar las minas (2). M. Chabas ha probado muy bien (3) que el empleo de las armas é instrumentos de piedra pertenece á todas las épocas de la historia.

(1) *Id. ibid.* p. 717.

(2) V. Lord. John Keast. *The Peninsula of Sinaï. The leisure hour* 1870, p. 423 y siguientes.

(3) *Études sur l'Antiquité historique, d'après les sources égyptiennes et les monuments réputés préhistoriques.*

Y en efecto, por Herodoto sabemos que los arqueros europeos alistados en la Armada de Jerjes, en el año 470 antes de J.-C. tenían flechas de piedra, que se hallan aún en los campos de Marathón. Tácito á su vez refiere que las armas de los Germanos eran flechas de piedra y de hueso. Tito Livio, hablando de los ritos que precedieron el combate de los Horacios, hace mención de una víctima herida con un cuchillo de sílex. Y Herodoto da á entender que la piedra de Etiopía desempeñaba un gran papel en el embalsamamiento sagrado de los Egipcios. «Cuando M. Mariette Bey veía en Abydos á los obreros de sus minas, rasurarse y desollarse la cabeza con sílex, y cuando los Árabes de Aournah le mostraron las lanzas de los Beduinos, armadas aún de gruesos sílex, llegó á esta conclusión, que la edad de la piedra reinó bajo los Faraónes, bajo los Griegos y bajo los Romanos, que reinó también bajo los Árabes, y que en cierta manera reina aún en nuestros días en muchísimos países.» (1)

Ahora bien, si el uso de la piedra ha permanecido por larguísimo tiempo en muchas localidades, y lo que es más, en algunas de ellas, como en Egipto, los sílex mejor trabajados son precisamente los más antiguos, también la introducción de los metales se ve-

(1) *Splendeurs de la foi.* t. II, p. 718. Véase Quatrefages, *Revue des Deux-Mondes*, vol. LXXXVII, p. 128.

rificó en épocas muy distintas en los diferentes países de Europa. «Desde el siglo XVII antes de nuestra era, los monumentos contemporáneos nos muestran á los Sardinios y á los Etruscos en posesión del conocimiento de los metales, de los tejidos y de una cerámica ya perfeccionada. Estaban muy lejos del estado de barbarie que se atribuye á las edades llamadas de piedra; los metales les eran conocidos y los utilizaban para las armas y para los adornos. Si se sirvían entónces y se sirvieron más tarde de instrumentos de piedra y hueso, sólo se puede concluir de ahí que la extrema facilidad de proporcionarse, sin gastos y casi sin trabajo, esos útiles imperfectos, hizo que se conservara su uso, por lo menos entre las clases pobres.» (1)

Ahora bien, según Paul Gervais. «La edad de hierro, entre los Galos, remonta á 400 ó 600 años antes de J.-C. La religión druida corresponde á la edad del bronce y del hierro.» (2)

Por otra parte, «La edad del bronce, dice M. de Rougemont (3), que terminó en Grecia, en Italia y quizá también en las Galias el año 600 antes de J.-C., se perpetuó entre los Escandinavos hasta hácia el siglo VIII de nuestra era; y de los dos períodos del estaño de Cournouailles, el primero comienza con Moi-

(1) Chabas, *obra citada*, p. 322

(2) V. *Splendeurs de la foi.* t. II, p. 813,

(3) V. Mortillet, *Materiaux*, t. III, p. 54.